

cuarto de siglo en el campo de batalla, durante el día sufriendo las balas y la metralla y durante la noche la nieve, el lodo y la lluvia; que se apoderó de dos banderas, que recibió veinte heridas, que ha muerto en el olvido y en el abandono, y que solo cometió dos faltas en su vida: amar demasiado á dos ingratos, á su patria y á mí.

Mario dijo mucho más de lo que el señor Gillenormand pudiera oír con paciencia; al oír pronunciar la palabra *republicana* se levantó, ó por mejor decir, se enderezó de repente. Cada una de las palabras de Mario hizo en la fisonomía del viejo realista el efecto del soplo de un fuelle de fragua sobre un tizon encendido. El color de su rostro pasó de oscuro á rojo, de rojo á purpúreo y de purpúreo á llameante.

—¡Mario, eres una criatura abominable! exclamó. No sé lo que era tu padre ni quiero saberlo; no quiero saber nada. No lo sé! Solo sé que entre su gente no había más que miserables. ¡Eran todos ellos perdidos, asesinos, gorros rojos y ladrones! Repito que todos, aunque yo no conozco á ninguno. Lo oyes, Mario? Tú eres tan baron como mi zapatilla. Eran bandidos porque sirvieron á Robespierre, eran foragidos porque sirvieron á Buonaparte, traidores porque vendieron á su rey legítimo, y cobardes porque huyeron ante los prusianos y los ingleses en Waterlloo. Esto es lo que sé; si vuestro padre fué uno de ellos lo ignoro, y lo siento; tanto peor.

Ahora le tocaba el turno á Mario de ser el tizon y al señor Gillenormand el fuelle. Mario temblaba y no sabía cómo obrar; la cabeza le ardia. Era el sacerdote que vé arrojar al aire todas sus hostias; era el faquir que vé que un pasajero escupe á su ídolo. No podía persuadirse de que tales cosas se dijeran impunemente delante de él; pero ¿qué había de hacer? Humillaba y pisoteaba en su presencia á su padre un hombre; ¿pero quién era este hombre? Su abuelo. ¿Cómo había de vengar al uno sin ultrajar al otro? Le era imposible insultar á su abuelo, pero también le era imposible no vengar á su padre. A un lado veía una tumba sagrada y al otro cabellos blancos. Permaneció algunos instantes aturdido y vacilante, con un torbellino en su cerebro; despues levantó la vista, miró con firmeza á su abuelo y gritó con voz tonante:

—Abajo los Borbones! ¡Abajo el cerdo de Luis XVIII!

Luis XVIII había muerto cuatro años atrás, pero á Mario esto le era indiferente.

El viejo, que estaba de color de escarlata, quedó de repente más blanco que sus cabellos. Se volvió hácia el duque de Berry, que tenía encima de la chimenea, y le saludó respetuosa y majestuosamente. Despues pasó dos veces en silencio y con lentitud desde la chimenea hasta la ventana y desde la ventana hasta la chimenea, atravesando la sala y haciendo resonar el pavimento como si sobre él se pasease una figura de piedra. Al terminar el segundo paseo se inclinó hácia su hija, que asistía á esta escena asustada como una oveja, y la dijo sonriendo casi tranquilamente:

—Un baron como este caballero y un plebeyo como yo no pueden vivir bajo el mismo techo. Despues, enderezándose, pálido, tembloroso y aterrador, extendió el brazo hácia Mario y le gritó:

—Vete!

Mario salió de la casa.

Al día siguiente el señor Gillenormand dijo á su hija:

—Envía sesenta doblones cada seis meses á ese bebedor de sangre y nunca vuelvas á hablarme de él.

Mario también salió indignado de casa de su abuelo. Hubo una circunstancia que agravó su exasperación, que siempre hay alguna pequeña fatalidad que complica los dramas domésticos y aumenta los motivos de queja, aunque no aumente los verdaderos agravios. Nicolásita, al sacar precipitadamente por orden del abuelo los "guñapos" de Mario, dejó caer, sin advertirlo, en la escalera de la buhardilla, que estaba oscura, el medallon de taflete que encerraba el papel del coronel. Mario no pudo encontrar ni el papel ni el medallon, y se quedó convencido de que el señor Gillenormand, á quien llamó así desde aquel día, había arrojado al fuego el "testamento de su padre". Sabía de memoria las pocas líneas que el coronel escribió; por consiguiente nada importaba su pérdida; pero aquel papel y aquella escritura eran para él una verdadera reliquia, y le indignó que se los hicieran desaparecer.

Mario salió de casa de su abuelo, sin decir ni saber á dónde iba, con treinta francos, el reloj y alguna ropa que metió en un saco de noche. Subió en un coche de alquiler, que tomó por horas, y se dirigió á la ventura al barrio Latino.

Qué iba á ser de Mario?

LIBRO CUARTO.

Los amigos del A. B. C.

I.

Un grupo que estuvo á punto de ser histórico.

En aquella época, indiferente al parecer, corría por la atmósfera vagamente cierto estremecimiento revolucionario. Soplos que salían de las profundidades de 1789 y de 1792, cruzaban por el aire. La juventud (permítansenos la frase) estaba en el periodo de muda. Se transformaba, casi sin saberlo, por el movimiento del tiempo. Cada uno daba hácia adelante el paso que debía dar. Los realistas se hacían liberales y los liberales demócratas.

Era aquello una marea creciente, complicada con mil reflujos, y como es propio del reflujo mezclarlo todo, resultaban combinaciones de ideas singulares; se adoraba á la vez á Napoleon y á la libertad. Esto es pura historia; esos eran los espejismos de aquella época, porque las opiniones tienen sus fases. El realismo volteriano, que es una variedad caprichosa, tuvo por contrapeso extraño el liberalismo bonapartista.

Otros grupos de espíritu eran más razonadores: en ellos se sondeaba el principio; se buscaba el fundamento del derecho, se apasionaban por lo absoluto, se entreveían las relaciones infinitas, porque lo absoluto, por su misma rigidez, impulsa los espíritus hácia lo etéreo y los hace flotar en lo ilimitado. Nada hay como el dogma para promover la meditación, y nada hay como la meditación para engendrar el porvenir. Lo que hoy es utopía, es mañana carne y hueso.

Las opiniones avanzadas tenían un doble fondo. Un principio de misterio amenazaba "el orden establecido", el cual era suspicaz y receloso, signo altamente revolucionario. La intención secreta del poder se encuentra en la zapa con la intención secreta del pueblo. La incubación de las insurrecciones responde á la premeditación de los golpes de Estado.

No había aun entonces en Francia vastas organizaciones subterráneas, como el *tugendbund* alemán y el *carbonarismo* italiano; pero se iban ya ramificando algu-

nas minas oscuras. La *Cougourde* se bosquejaba en Aix; y había en Paris, entre otras asociaciones de este género, la sociedad de los amigos del A. B. C.

Esta sociedad tenía por objeto aparente la educación de los niños y por objeto real el mejoramiento de los hombres.

Los amigos del A. B. C. eran pocos; componían una sociedad secreta en estado de embrion; casi podemos decir que constituían una pandilla, si las pandillas pudiesen producir héroes.

Se reunían en Paris en dos puntos: cerca de los Mercados, en una taberna llamada *Corinto*, de la que nos ocuparemos despues, y cerca del Panteon, en un cafetin de la plaza de San Miguel, que se llamaba *el café Musain*, y que hoy ya ha desaparecido; el primero de los dos sitios de reunión estaba cerca de los jornaleros y el segundo cerca de los estudiantes.

Los conciliábulos habituales de los amigos del A. B. C. se celebraban en una sala interior del café Musain.

Esta sala, bastante apartada del café, con el que se comunicaba por un largo corredor, tenía dos ventanas y una puerta con escalera reservada, que salía á la callejuela de Grés. Allí fumaban, bebían y jugaban. Se hablaba de todo á gritos y de una sola cosa en voz baja. En la pared estaba clavado un antiguo mapa de Francia, del tiempo de la República, indicio suficiente para excitar el olfato de los agentes de policía.

La mayoría de los amigos del A. B. C. eran estudiantes que estaban en cordial inteligencia con algunos obreros. Hé aquí algunos de los principales, cuyos nombres pertenecen en cierto modo á la historia: Enjolras, Combeferre, Juan Prouvaire, Feuilly, Courfeyrac, Bahorel, Lesgle ó Laigle, Joly, Grantaire, etc.

La amistad de estos jóvenes les formaba una especie de familia. Todos eran hijos del Mediodía, excepto Laigle. Este grupo, que era muy notable, se ha desvanecido ya en las profundidades invisibles que están detrás de nosotros.

Al punto del drama á que hemos llegado, no será inútil hacer penetrar un rayo de claridad en aquella reunión de jóvenes, antes que el lector los vea sumergirse en la sombra de una aventura trágica.

Enjolras, el primero que nombramos, por el motivo que despues se sabrá, era hijo único y rico; joven simpático, capaz de ser terrible, y angelicalmente hermoso; era Antinoo encolerizado. Podría

creerse, al ver el pensativo fulgor de su mirada, que había atravesado en otra existencia anterior el apocalipsis revolucionario y que, como testigo presencial, conservaba su tradición; sabía todos los pormenores del gran acontecimiento.

Era de naturaleza pontifical y guerrera, extraña en un adolescente: era celebrante y militante: soldado de la democracia bajo el punto de vista inmediato, y sacerdote de lo ideal por encima del movimiento contemporáneo. Su mirada era profunda, sus párpados algo enrojecidos, el labio inferior grueso predispuesto á expresar el desden, la frente elevada. Mucha frente en una fisonomía es lo mismo que mucho cielo en un horizonte.

Como algunos jóvenes de principios de este siglo y de fines del pasado adquirieron prematuramente la ilustración, gozaba de excesiva juventud y fresca como una joven en sus horas de palidez. Era hombre ya y parecía niño aun. Sus veintidos años representaban diez y siete; era muy grave: parecía que no supiera que existiese esa maravilla llamada mujer. No sentía más pasión que la del derecho, ni le agitaba más pensamiento que el de destruir obstáculos.

En el Monte-Aventino hubiera sido Graco y en la Convención Saint-Just. Apenas conocía las razas y desconocía la primavera; no oía cantar á los pájaros; la garganta desnuda de Evadno no le conmovía más que á Aristogiton; para él, como para Harmodio, las flores solo servían para esconder la espada. Era severo en sus alegrías. Bajaba castamente los ojos ante todo lo que no era la República. Era el amante de mármol de la Libertad. Su palabra, ásperamente inspirada, tenía la vibración del himno. A veces desplegaba las alas inespereadamente. ¡Desgraciado el amorcillo que se hubiese atrevido á pasar por su lado! Si alguna griseta de la plaza de Cambray ó de la calle de San Juan hubiera sentido apetito de su hermosura apetecible y tratase de probar el efecto de sus atractivos en Enjolras, la mirada sorprendente y terrible de éste le haría ver bruscamente el abismo, enseñándola á no confundir al querubín galán de Beaumarchais con el formidable querubín de Ezequiel.

Al lado de Enjolras, que representaba la lógica de la revolución, estaba Combeferre, que representaba su filosofía. Entre la lógica y la filosofía de la revolución existe la diferencia de que la

lógica puede ir á parar á la guerra, mientras la filosofía tiene por última consecuencia la paz. Combeferre completaba y rectificaba á Enjolras. Era más bajo y más grueso que éste. Quería que se imbuyesen en los espíritus los principios extensos de las ideas generales, y decía: Revolución, pero también civilización; y alrededor de la pendiente y escarpada montaña abría el vasto horizonte azul. De este modo en todas las teorías de Combeferre había algo accesible y practicable. La revolución era más respirable con él que con Enjolras, porque Enjolras expresaba el derecho divino y Combeferre el derecho natural. El primero se eslabonaba con Robespierre y el segundo con Condorcet. Combeferre vivía más que su compañero la vida del mundo. Si hubieran ocupado sitio en la historia estos dos jóvenes, uno habría sido justo y otro sábio. Enjolras era más viril, Combeferre más humano. *Homo* y *Vir* son palabras que los clasifican con exactitud. Combeferre era amable, así como Enjolras era severo. Le gustaba la palabra ciudadano, pero prefería la palabra hombre. Lo leía todo; iba á los teatros, seguía los cursos públicos, aprendía de Arago la polarización de la luz; se apasionaba por la lección en que Geoffroy-Saint-Hilaire explicó la doble función de la arteria carótida externa y de la arteria carótida interna; seguía la ciencia paso á paso; confrontaba á Saint-Simon con Fourier; descifraba los geroglíficos y hablaba de geología; pintaba de memoria la mariposa bombox; señalaba las faltas del Diccionario de la Academia Francesa; no afirmaba nada, ni aun los milagros; no negaba nada, ni aun las apariciones; hojeaba la colección del *Monitor* y meditaba mucho. Quería que la sociedad trabajase sin descanso para conseguir la elevación del nivel intelectual y moral, en la propagación de la ciencia, en la circulación de las ideas, en el crecimiento intelectual de la juventud. Era sábio purista, politécnico, trabajador y al mismo tiempo pensador. Creía en los caminos de hierro, en la materia quirúrgica, en la persistencia de la imagen en la cámara oscura, en el telégrafo eléctrico y en la dirección de los globos; y no se asustaba de que edificasen en todas partes sus ciudades contra el género humano la superstición, el despotismo y la preocupación, porque creía que la ciencia acabará por apoderarse de ellas por sorpresa. Enjolras era jefe y Combeferre guía. Se de-

bia marchar con el segundo y pelear con el primero; no porque Combeferre no fuese capaz de pelear ni de luchar cuerpo á cuerpo con el obstáculo, atacándolo á viva fuerza, sino porque prefería emplear la enseñanza de los axiomas y la promulgación de las leyes positivas, para ir poniendo poco á poco al género humano de acuerdo con sus destinos, y de las dos claridades prefería la que ilumina á la que abrasa. Es cierto que un incendio puede producir una aurora; pero, ¿por qué no esperar la salida del sol? Un volcán alumbra, pero alumbra mejor el alba. Combeferre prefería tal vez la blancura de lo bello al resplandor de lo sublime. La claridad entorpecida por el humo, el progreso adquirido por la violencia, solo satisfacían á medias á aquel espíritu tierno y grave. El acto de precipitarse verticalmente el pueblo en la verdad, como en 1793, le asustaba; pero, sin embargo, la estancación le repugnaba más, porque veía en ella la muerte y la putrefacción; en último caso, prefería la espuma al miasma, el torrente á la cloaca, la catarata del Niágara al lago de Montfaucon. En una palabra, no quería pararse ni correr.

Mientras que sus tumultuosos amigos, enamorados caballerescamente de lo absoluto, adoraban é invocaban las espléndidas aventuras revolucionarias, Combeferre se inclinaba á dejar obrar al progreso, que es tal vez frío, pero puro; metódico, pero irreprehensible; flemático, pero imperturbable. Combeferre hubiera pedido de rodillas y suplicado que llegase el porvenir con todo su candor, para que nada turbase la inmensa y virtuosa evolución de los pueblos. *Es necesario que el bien sea inocente*, repetía sin cesar.

En efecto, si la grandeza de la revolución consiste en mirar con fijeza al ideal deslumbrador y volar hácia él entre rayos y truenos, llevando en las manos sangre y fuego, la hermosura del progreso consiste en conseguir una caridad sin mancha alguna. Entre Washington que representa á éste y Danton que encarna á aquella, hay la misma diferencia que entre el ángel de alas de cisne y el ángel de alas de águila.

Juan Prouvaire era un tipo más templado aun que Combeferre. Era enamorado, cultivaba macetas, tocaba la flauta, escribía versos, amaba al pueblo, se compadecía de la mujer, lloraba por los niños, confundía en la misma esperanza el porvenir y Dios y censuraba á la revo-

lución por haber hecho caer una cabeza real, la de Andrés Chenier. Su voz era habitualmente delicada, pero en algunas ocasiones viril. Era literato erudito y casi orientalista. Era bueno sobre todo, y prefería en poesía lo inmenso, preferencia que fácilmente comprende todo el que sabe que la bondad confina con la grandeza. Sabía el italiano, el latín, el griego y el hebreo, cuyas lenguas solo le servían para leer cuatro poetas: Dante, Juvenal, Esquilo é Isaías. En francés prefería Corneille á Racine y Agripa de Aubigné á Corneille. Su espíritu sabía tomar dos actitudes: una mirando al hombre y otra mirando á Dios; estudiaba ó contemplaba. Durante el día profundizaba las cuestiones sociales; el salario, el capital, el crédito, el matrimonio, la religión, la libertad de pensar, la libertad de amar, la educación, la penalidad, la miseria, la asociación, la propiedad, la producción y la repartición; por la noche contemplaba los astros. Era hijo único y rico, como Enjolras. Hablaba despacio, inclinaba la cabeza, bajaba la vista, se sonreía con embarazo, se cuidaba poco, era desmañado y tímido.

Feuilly era un abaniquero, huérfano de padre y madre, que ganaba penosamente tres francos diarios, y que solo estaba dominado por un pensamiento, el de emancipar al mundo. Tenía también otra idea fija, la de instruirse, á lo que llamaba también emanciparse. Aprendió solo á leer y á escribir, y así aprendió todo lo que sabía. Tenía corazón generoso y quería abrazar lo inmenso. Aquel huérfano tomó á los pueblos como hijos adoptivos suyos. La patria era su madre, y no quería que en la tierra hubiera un solo hombre sin patria. Alimentaba dentro de sí mismo, con la adivinación profunda del hombre del pueblo, lo que hoy llamamos *la idea de las nacionalidades*. Había estudiado la historia con la intención de indignarse con conocimiento de causa. En el cenáculo juvenil de utopistas, que se ocupaban principalmente de Francia, él representaba el exterior. Su especialidad era la Grecia, la Polonia, la Hungría, la Rumanía y la Italia. Pronunciaba estos nombres continuamente con la tenacidad del derecho. Le exasperaban las violaciones de la Turquía en la Grecia y en la Tesalia; de la Rusia en Varsovia; del Austria en Venecia; pero entre todas le sublevaba la gran violencia de 1772. No hay elocuencia tan soberana

como la que presta la verdad á la indignacion; él poseía esa elocuencia. Nunca agotaba el tema cuando trataba de la fecha infame de 1772 y del noble y valiente pueblo que la traicion suprimió; del crimen de tres criminales, de la monstruosa asechanza, del prototipo y patron de las horribles supresiones de Estados, que despues se han realizado en nobles naciones, raspando, por decirlo así, su partida de bautismo. Los demás atentados sociales contemporáneos se derivan de la reparticion de Polonia. La reparticion de Polonia fué un teorema, cuyos corolarios son los actuales crímenes políticos. Cuando se examina el legajo de las traiciones modernas, ésta aparece la primera. El Congreso de Viena consultó este crimen antes de cometer el suyo. 1772 es el grito que dá el cazador; 1815 es el despojo que se dá á comer á los perros. Este era el tema habitual de Feuilly. Este pobre obrero se habia constituido en tutor de la justicia y ella le recompensaba engrandeciéndole, porque, en efecto, hay algo de eternidad en el derecho. La protesta del derecho contra el hecho persiste siempre: el robo de un pueblo no se prescribe. Estas grandes estafas no tienen porvenir, porque no se borra la marca de una nacion como se borra la marca de un pañuelo.

El padre de Courfeyrac se llamaba el señor de Courfeyrac. Una de las ideas falsas de la clase media de la Restauracion en materia de aristocracia y de nobleza era creer en la partícula *de*, y sabido es que dicha partícula nada significa. Pero la clase media de la época de la *Minerva* creía que significaba tanto que no creía usarla. El señor de Chanvelin se firmaba señor Chanvelin, el señor de Lafayette, señor Lafayette, etcétera, y Courfeyrac hizo lo mismo, suprimió la partícula.

Podríamos detenernos aquí en lo referente á Courfeyrac, limitándonos á decir: véase Tholomyés.

Courfeyrac conservaba, en efecto, la verbosidad de jóven, que podría llamarse la belleza de diablo del espíritu. Esta gracia se pierde más tarde como la gracia del gatito, y vá á parar, cuando tiene dos piés, en el ciudadano, y cuando tiene cuatro, en el gato.

Las generaciones que pasan por las escuelas y las promociones de la juventud se transmiten esta clase de númen, pasándose de mano en mano y siendo casi siempre el mismo; de modo que,

como acabamos de indicar, cualquiera que viese á Courfeyrac en 1828 hubiera creído oír á Tholomyés en 1817; pero Courfeyrac era un buen muchacho. A pesar de estas aparentes semejanzas exteriores, la diferencia entre él y Tholomyés era grande. El hombre latente que existía en ellos era en el primero distinto del segundo. Tholomyés era un procurador y Courfeyrac era un paladin.

Enjolras era el jefe, Combeferre era el guía y Courfeyrac era el centro: los dos primeros daban más luz y el tercero más calor; tenía las cualidades del centro, la redondez y la irradiacion.

Bahorel habia figurado en el tumulto sangriento de Junio de 1822, que estalló con motivo del entierro del jóven Lallemand.

Bahorel era un individuo de buen humor y de mala compañía, bravo, gastador, pródigo hasta la generosidad, hablador hasta la elocuencia, atrevido hasta el descaro; el diablo de mejor pasta que se puede encontrar: gastaba chalecos *temerarios* y opiniones *de escarlata*; era camorrista, pero á las riñas prefería los motines y á los motines las revoluciones, dispuesto siempre á romper vidrieras, á desempedrar calles ó derribar un gobierno para ver el efecto que esto producía.

Llevaba once años de estudiante de leyes y aun no habia llegado al tercero. Olfateaba la jurisprudencia, pero no la aspiraba; su divisa era: *Abogado nunca*, y su escudo una mesa de noche sobre la cual descansaba un bonete cuadrado. Cuando pasaba por delante de la escuela de Derecho, lo que le sucedía pocas veces, se abotonaba la levita (porque entonces aun no se habia inventado el gaban) y tomaba precauciones higiénicas. Del frontispicio de la escuela decía que era un *viejo* hermoso, y del decano, señor Delvincourt, que *era un monumento*. Veía en las explicaciones de clase asuntos para canciones y en los profesores tipos de caricaturas. Gastaba en no ocuparse de nada la gruesa cantidad de tres mil francos cada año. Sus padres eran unos lugareños, á los que su hijo supo hacer que le respetaran. Este decía de ellos: "Son campesinos, no pertenecen á la clase media; por eso tienen inteligencia."

Bahorel era hombre caprichoso y concurria sin fijeza á varios cafés; los demás tenían sus hábitos, él no tenía ninguno. Vagaba al azar. Andar errante es propio del hombre, pero vagar á la ventura

(*flaner*) es propio del parisien. En el fondo era, sin embargo, un talento penetrante y más pensador de lo que aparentaba serlo. Servía de lazo de union entre los amigos del A. B. C. y otros grupos, informes todavía, pero que más tarde debían delinarse.

En aquel cónclave de jóvenes se destacaba una cabeza calva. El marqués de Avaray, á quien Luis XVIII hizo duque por haberle ayudado á subir en un coche de alquiler el día en que emigró, refería que en 1814, cuando dicho rey regresó á Francia y desembarcó en Calais, se le presentó un hombre que le antregó un memorial.

—¿Qué pedís? le preguntó el rey.

—Señor, una administracion de correos.

—¿Cómo os llamais?

—Laigle (el Aguila).

El rey frunció el entrecejo, miró la firma del memorial y vió dicho apellido escrito de este modo; *Lesgle*. Esta ortografía poco bonapartista tranquilizó al rey y le hizo sonreír.

—Señor, continuó el hombre del memorial, entre mis antepasados hubo un perro, á quien apodaban *Lesgueules* (Bocaza). De este mote nació mi apellido. De Lesgueules han hecho por corrupcion *Lesgle* y por corrupcion *Laigle*.

Esto convirtió en risa la sonrisa del rey, y por fin le concedió la administracion de correos de Meaux, no sabemos si inocente ó intencionadamente.

El miembro calvo de los amigos del A. B. C. era hijo de dicho *Lesgle* ó *Legle* y se firmaba *Legle* de Meaux. Sus camaradas, para nombrarle con más facilidad, le llamaban *Bossuet*, pues es sabido que el obispo *Bossuet* era conocido por *L'Aigle de Meaux* (el águila de Meaux).

El jóven *Bossuet* era un muchacho alegre y desgraciado. Su especialidad consistía en que todo le salía mal, pero él se reía de todas las contrariedades. A los veinticinco años estaba ya calvo. Su padre consiguió comprar una casa y un campo; pero él perdió en una desgraciada especulacion el campo y la casa y se quedó sin bienes de fortuna. Tenía ciencia y talento, pero todo le salía al revés; en todo perdía, en todo salía engañado; lo que edificaba se le hundía, aplastándole debajo. Si partía leña se cortaba un dedo; si tenía una querida, pronto descubría que otro se la soplaba. A cada instante le sucedía una desgracia; de esto nacía su jovialidad.

Solia decir: *Habito en la casa del tejado cuyas tejas se caen*. No se admiraba de lo que le sucedía, porque preveía todos los malos accidentes; recibía con serenidad la mala suerte y se sonreía al ver los reverses del destino, como quien oye contar una broma. Era pobre, pero poseía un bolsillo inagotable de buen humor; agotaba fácilmente su último ochavo, pero no su última risa. Cuando la adversidad entraba en su casa, la saludaba cordialmente como á una antigua amiga y daba cariñosas palmadas en el vientre de la catástrofe; tenía tal franqueza con la fatalidad, que la llamaba por su nombre familiar.

—Buenos días, Mala-suerte, la decía.

Las persecuciones de la suerte le habian dotado de cierto genio inventivo, abundante en recursos. Sin tener dinero, encontraba medio de hacer cuando se le antojaba "gastos desenfrenados". Una noche se comió "cien francos", cenando con una jovencuela, que le inspiró en la orgía esta frase memorable: *Hija de cinco luises, sácame las botas*.

Bossuet caminaba con gran lentitud hácia la profesion de abogado, lo mismo que *Bahorel*. *Bossuet* tenía escasamente un cuarto para vivir, y á veces ninguno. Vivía ordinariamente, ya en casa de un amigo, ya en casa de otro, y con frecuencia con *Joly*, que estudiaba medicina y tenía dos años menos que *Bossuet*.

Joly era el enfermo imaginario jóven. Lo único que habia conseguido al estudiar la medicina fué creerse más enfermo. A los veintitres años se creía valetudinario y pasaba la vida mirándose la lengua en el espejo. Afirmaba que el hombre se imanta como una aguja. Ponia la cama en su alcoba con la cabecera hácia el Mediodía y los piés hácia el Norte, para que durante la noche no contrariase la circulacion de la sangre la gran corriente magnética del globo; cuando estallaba una tempestad se tomaba el pulso.

Dejando esto aparte, era el más alegre de todos.

Estas contradicciones entre su juventud y su manía, su aprension y su buen humor, se avenían en él perfectamente y hacían de él un tipo excéntrico y divertido.

Joly tenía la costumbre de tocarse la nariz con el puño del baston, lo que indicaba un espíritu sagaz.

Todos estos jóvenes tan distintos y que en conjunto debe hablarse de ellos con

seriedad, profesaban una misma religion: la del Progreso.

Eran los hijos directos de la Revolucion francesa. Los más frívolos llegaban á ser solemnes cuando pronunciaban esta fecha: 1789.

Sus padres eran ó habian sido fuldenses, realistas ó doctrinarios: esto poco les importaba; por sus venas corria con toda su pureza la sangre de los principios, y se consagraban, sin intermedio alguno, al derecho incorruptible y al deber absoluto. Afiliados é iniciados bosquejaban subterráneamente el ideal.

Entre estos corazones apasionados y estos ánimos convencidos habia un escéptico. Cómo es que se encontraba allí? Por justaposicion.

Dicho escéptico se llamaba Grantaire y se firmaba habitualmente con este geoglífico: R. Este hombre, que nada creia y que habia sido uno de los mejores estudiantes de Paris, sabia que el mejor café era el del café Lemblin y el mejor billar el del café Voltaire; que habia buenos pastelillos y buenas muchachas en el Ermitaje de la alameda del Maine; pollos con salsa picante en casa de la tia Sagnet; excelentes pasteles de pescado en el portillo de la Cunette, y cierto vinillo blanco en la puerta del Combate.

Sabia el sitio mejor para cada cosa; además conocia algo de baile y el manejo de la chancleta y del escarpin, lo mismo que el del palo, y era gran bebedor y extremadamente feo.

La espunteadora de botinas más bonita de aquella época, Irma Boissy, á la que indignaba su fealdad, decia que *Grantaire era imposible*; pero no por esto se desconcertaba su fatuidad. Miraba tierna y fijamente á todas las mujeres, como diciéndolas: *¡Si yo quisiera!* y trataba de que creyeran sus compañeros que ellas lo solicitaban.

Las palabras derechos del pueblo, derechos del hombre, contrato social, Revolucion francesa, República, democracia, humanidad, civilizacion, religion y progreso, carecian para Grantaire casi completamente de sentido. Se reia de ellas. El escepticismo, que es la cáries de la inteligencia, no le habia dejado ni una idea entera en el cerebro. Vivía en la ironía y su axioma era éste: "No hay más que una certidumbre; el vaso lleno." Corretón, jugador, libertino y embriagándose con frecuencia, disgustaba á aquellos jóvenes pensadores, cantando sin cesar: *Me gustan las mujeres, me gusta*

el vino, con la música y el aire de "Viva Enrique IV".

Este escéptico tenia, sin embargo, un fanatismo, no de dogma, ni de idea, ni de arte, ni de ciencia; tenia fanatismo por un hombre, por Enjolras. Grantaire le queria y le admiraba.

El incrédulo anarquista se unia al miembro más absoluto de aquella falange de espíritus absolutos; pero no lo subyugaba Enjolras por las ideas, sino por el carácter.

Este fenómeno se observa algunas veces. Que el escéptico se una al creyente es cosa tan sencilla como la ley de los colores complementarios: siempre nos atrae lo que nos falta; nadie ama la luz tanto como el ciego; los enanos adoran al tambor mayor; el sapo siempre mira hácia el cielo; para qué? para ver volar los pájaros.

A Grantaire, que se arrastraba en la duda, le complacia ver cernerse la fé de Enjolras. Sin explicarse y sin tratar de averiguar por qué, la naturaleza casta, firme, sana, recta, dura y cándida del jefe del grupo le embelesaba. Admiraba instintivamente á su contrario. Sus ideas flojas, flexibles, dislocadas y deformes se adherían á Enjolras como á una espina dorsal, y apoyaba en aquella firmeza su raquitismo moral.

Además, componían á Grantaire dos elementos incompatibles en la apariencia; era irónico y cordial: su indiferencia era cariñosa; su pensamiento podia pasarse sin creencias, pero su corazón no podia prescindir de la amistad. Esto era una profunda contradicción, porque un afecto no es una convicción, pero su naturaleza era así.

Hay hombres que parece que hayan nacido para ser el verso, el anverso y el reverso; que son al mismo tiempo Pólux y Patroclo, Niso y Eudamidas, Efestion y Pechmeya. Solo viven para estar pegados á otro; su nombre es una continuacion y se escribe precedido de la conjuncion *y*; su existencia no les pertenece; forman el otro lado de un destino que no es el suyo.

Grantaire era de esos hombres; era el reverso de Enjolras.

Casi podria decirse que las afinidades empiezan con las letras del alfabeto. En esa serie la O y la P son inseparables. Podeis á vuestro gusto pronunciar O y P, ó sea Orestes y Píladés.

Grantaire, verdadero satélite de Enjolras, frecuentaba aquel círculo de jóvenes; solo allí vivía y gozaba y los se-

guia á todas partes. Todo su placer consistía en ver ir y venir sus contornos entre los vapores del vino, y ellos le toleraban por su buen humor.

Enjolras, creyente y sóbrio, despreciaba al escéptico y al borracho, que solo le inspiraba altiva compasion. Grantaire era un Píladés no aceptado. Enjolras le trataba con dureza, le rechazaba bruscamente, pero él volvía siempre y decia de Enjolras:—Es un hermoso mármol.

II.

Oracion fúnebre de Blondeau, por Bossuet.

Una tarde, despues de los sucesos que narramos en el libro anterior, Laigle de Meaux estaba recostado sensualmente en las jambas de la puerta del café Musain. Tenia el aspecto de una cariátide en vacaciones, y se entregaba á sus sueños. Miraba hácia la plaza de San Miguel. Recostarse es el modo de estar de pié de los soñadores. Laigle de Meaux pensaba, sin sentirlo, en un percance que le sucedió el dia anterior en la escuela de Derecho y que modificaba sus proyectos personales para el porvenir, proyectos que, por otra parte, eran bastante vagos.

Pero meditar no impide que pase un cabriolé y que el que medita se fije en él. Laigle de Meaux, cuya vista erraba en una especie de difusa vagancia, vió, al través de su sonambulismo, un vehículo de dos ruedas, que pasaba por la plaza, al paso y con indecision.

¿De quién era el cabriolé y por qué iba al paso? Laigle le observó. Iba dentro, al lado del cochero, un joven que tenia ante él voluminoso saco de noche, que llevaba escrito con grandes letras negras, en un papel cosido á la tela, lo siguiente:

MARIO DE PONTMERCY.

Al leer ese nombre y apellido, Laigle cambió de posicion. Se enderezó y gritó al joven del cabriolé:

—Señor Mario Pontmercy!

El cabriolé se paró; el joven que lo ocupaba, y que parecia meditar tambien profundamente, contestó:

—Eh?

—Sois Mario Pontmercy?

—El mismo.

—Pues os buscaba, le respondió Laigle.

—Me buscábais? le preguntó Mario, pues era él, en efecto, que salía de casa

TOMO II.

de su abuelo, y se encontraba en presencia de un hombre á quien nunca habia visto. No os conozco.

—Ni yo tampoco, le respondió Laigle.

Mario creia que se encontraba con un burlon y que se veia obligado á aceptar una broma en medio de la calle. Como en aquel momento tenia mal humor, frunció el entrecejo, pero Laigle prosiguió imperturbable:

—Anteayer no fuisteis á cátedra.

—Es posible.

—Es cierto.

—Sois estudiante? le preguntó Mario.

—Como vos. Anteayer entré en clase por casualidad. Alguna vez tengo esta ocurrencia. El profesor iba á pasar lista, y ya sabeis en ese caso qué ridículos son los catedráticos. A las tres faltas os borran de la matricula y sesenta francos perdidos.

Mario escuchaba. Laigle continuó:

—Pasaba lista el profesor Blondeau. Ya sabeis que su nariz puntiaguda y maliciosa olfatea con placer á los que faltan á clase. Principió socarronamente por la letra P. Yo prestaba poca atencion, porque esa no era mi letra. La lista seguía bastante bien, porque todos estaban presentes, y Blondeau estaba triste viendo que no podia castigar á nadie. Pero de repente nombra á *Mario Pontmercy* y nadie responde. Blondeau, muy contento, repite el nombre y en voz más alta; no le contestan y toma la pluma. Yo, que tengo buen corazón, pensé rápidamente que sois un buen muchacho y que os iban á borrar de la lista. Me propuse, pues, salvaros. ¡Muera Blondeau! Cuando hubo mojado la pluma en el tintero para borraros, paseó sus miradas fieras por el auditorio y repitió por tercera vez: *Mario Pontmercy!* Yo respondí: *Presente!* Por eso no os borraron.

—Mil gracias.

—Y me borraron á mí.

—Pues no comprendo...

—Nada más sencillo. Estaba sentado cerca de la cátedra para contestar y cerca de la puerta para marcharme. El profesor me tenia entre ojos. De pronto, Blondeau, que debe poseer la nariz maligna de que habla Boileau, salta á la letra L. La L es mi letra; soy de Meaux y me llamo Laigle.

—Laigle! hermoso nombre! exclamó Mario.

—Pues Blondeau llegó á este "hermoso nombre," y gritó: *Laigle!* Yo respondí: *Presente!* Entonces el catedrático me miró con la dulzura del tigre, se sonrió